

## Isaac

Cuando Isaac y yo nos conocimos en la universidad, los dos fingimos que el campus y las calles de la capital nos resultaban tan familiares como los senderos de tierra de los pueblos rurales en los que habíamos crecido y vivido hasta hacía solo unos meses, aunque ninguno de los dos habíamos estado nunca en ninguna ciudad y no teníamos idea de lo que suponía vivir tan cerca de tanta gente cuyas caras, por no hablar de los nombres, nunca llegaríamos a conocer. En aquellos tiempos la capital estaba floreciendo, había gente, dinero, coches nuevos y edificios más nuevos aún, la mayor parte levantados con celeridad después de la independencia, en un apresuramiento estimulado por promesas eufóricas de un sueño socialista panafricano que, casi diez años después, seguía supuestamente a la vuelta de la esquina y que, según el presidente y la radio, aparecería cualquier día. Cuando Isaac y yo llegamos a la capital, muchos edificios ya empezaban a mostrar indicios de deterioro, tras haber sido descuidados u olvidados por completo, pero aún creíamos en un futuro prometedor en ciernes y estábamos allí, como todos los demás, para llevarnos nuestra tajada.

En el viaje en autobús hacia la capital, renuncié a todos los nombres que me habían puesto mis padres. Tenía casi veinticinco

años, pero, se mirara como se mirase, era mucho más joven. Me despojé de esos nombres justo cuando el autobús cruzaba la frontera de Uganda. Nos acercábamos al lago Victoria; sabía que Kampala quedaba cerca, pero ya entonces me había comprometido a pensar en ella únicamente como «la capital». Kampala era más pequeña de lo que había imaginado. La ciudad pertenecía a Uganda, pero la capital, que carecía de nombre, no atendía a semejantes lealtades. Al igual que yo, no pertenecía a nadie, y cualquiera podía reclamarla.

Pasé las primeras semanas en la capital procurando imitar a las pandillas de chicos que merodeaban por la universidad, los cafés y los bares aledaños. Por aquel entonces, todos los muchachos de nuestra edad querían ser revolucionarios. En el campus, y en los barrios pobres donde vivíamos Isaac y yo, había docenas de Lumumbas, Marleys, Malcolms, Césaires, Kenyattas, Senghors y Sella-sies, chicos que al despertarse cada mañana se ponían las gorras negras y los trajes verde oliva de sus héroes. Yo no podía estar a su altura, así que me dejé crecer unas hebras de pelo en la barbilla. Compré unos pantalones verdes usados que llevaba a diario, incluso después de que se hubieran rasgado a la altura de las rodillas. Intentaba considerarme un revolucionario en potencia, aunque había llegado a la capital con otras ambiciones. Una década antes, se había celebrado un importante congreso de escritores y especialistas africanos en la universidad. Leí algo sobre él en un periódico una semana atrasado que por fin había llegado a nuestro pueblo. Ese congreso dio forma a mis ambiciones adolescentes, que hasta entonces consistían únicamente en largarme. A partir de ese momento supe adónde quería ir y qué quería ser: un escritor famoso, rodeado de hombres con ideas afines en el cora-

zón de la que tenía que ser la ciudad más maravillosa del continente.

Llegué a la capital con escasa preparación. Había leído las mismas novelas victorianas una docena de veces, y suponía que aquel era el inglés correcto. Decía «sir» sin cesar. Nadie pensaba que yo fuera un revolucionario, y no tenía el valor necesario para afirmar que quería ser escritor. Hasta que conocí a Isaac, no había hecho ni un solo amigo. Dijo que tenía más aspecto de profesor que de luchador, con mis piernas largas y escuálidas y la cara estrecha, y al principio me llamó así, Profesor, o el Profesor, el primer nombre, aunque no el último, con el que me bautizó.

—¿Y tú, qué? —le pregunté. Supuse que, como otros, tenía otro nombre más público por el que quería que se le conociera. Era más bajo pero más ancho que yo, tenía brazos firmes y musculosos y venas que le surcaban de punta a punta los antebrazos. La figura pero no el rostro era la de un soldado. Sonreía y reía demasiado a menudo para que me lo imaginara haciendo daño a alguien.

—Por ahora, que sea «Isaac» —dijo.

«Isaac» era el nombre que le habían puesto sus padres y, hasta que nos vimos en la necesidad de huir de la capital, el único nombre que quiso. Sus padres murieron en los últimos combates justo antes de la independencia. «Isaac» era el legado que le habían dejado, y cuando sus sueños revolucionarios tocaron a su fin y tuvo que elegir entre marcharse o quedarse, ese nombre se convirtió en el último y más valioso regalo que me hizo.

Desde el comienzo, vivir en la capital se le hizo más difícil a Isaac que a mí. Nunca había sido y, según entendí después, nunca sería

mi hogar, al margen de lo que imaginara. En cambio, para Isaac era distinto. Uganda era su país, y Kampala era el corazón del mismo. Su familia era del norte, una de las tribus de gente alta y más oscura que un individuo de Cambridge había decidido eran más guerreras que sus primos más bajos del sur. De haberse quedado los británicos, le habría ido bien. Había sido lo bastante brillante en sus primeros años para que se le considerara uno de los estudiantes que, de mayores, quizá fueran enviados al extranjero, tal vez a un colegio privado de Londres con una beca del gobierno. Pero el experimento colonial terminó en lo que pareció una larga tarde sangrienta, y chicos como Isaac se quedaron huérfanos por segunda vez. Aunque Isaac había llegado a la capital solo unas semanas antes que yo, había oído suficientes rumores y relatos sobre ella para suponer que encajaría fácilmente y que luego se alzaría hasta la cima del círculo en el que se encontrara, fuera cual fuese. El hecho de ser pobre y desconocido por completo cuando nos conocimos constituía su motivo más evidente de frustración, pero yo sospechaba que había otras fuentes de ira y sufrimiento que aún tenía que reconocer.

Isaac y yo nos hicimos amigos del mismo modo que lo hacen dos perros extraviados, unidos al seguir el mismo camino todos los días en busca de comida y compañía. Nos habíamos instalado en la zona este de la ciudad, en la región de abundantes colinas y más difícil acceso, propensa a los aludes de lodo. Él vivía con los amigos de unos primos, que habían accedido a alojarlo en el suelo de la sala de estar. Yo alquilaba un catre en el almacén de una tienda de artículos de confección que los fines de semana se convertía en bar improvisado para el propietario y sus amigos. Los viernes y los

sábados por la noche no se me permitía regresar a la tienda hasta las dos o las tres de la madrugada, después de que la cama hubiera sido usada por el propietario y sus amigos para entretenerse con algunas jóvenes del barrio. Sin dinero y sin nada que hacer, deambulaba por las calles: un laberinto de senderos estrechos y cubiertos de baches que ascendían lenta y sinuosamente por la ladera de una colina en cuya cima había una de las carreteras recién asfaltadas de la ciudad. Desde allí, se podía contemplar nuestro poblado de chabolas en su descenso hacia lo que había sido un valle verde y frondoso, con abundante pasto para el ganado, que, con la inmigración en masa a la capital, acabó convertido en un denso entramado de tejados de hojalata y cables, rodeado de pozos poco profundos de basura y heces. Antes de que nos dirigiéramos la palabra había visto a Isaac un par de veces allí arriba. En ambas ocasiones estaba plantado en la cuneta, mirando el tráfico que pasaba, y no la ciudad que estaba más abajo, como si se estuviera preparando para sacrificarse en cualquier momento ante uno de esos coches. Nos saludamos con un rápido gesto de la cabeza. Ninguno de los dos podría haber hecho nada sin alarmar al otro; si no hubiera visto a Isaac en la universidad poco después, quizá habríamos pasado años saludándonos desde la cuneta. Sin embargo, unos días después de nuestro segundo encuentro le vi en el campus. Hacíamos cuanto podíamos por encajar, manteniéndonos cerca, aunque no demasiado, de un grupo de estudiantes. Era la segunda semana de agosto, y con el comienzo de un nuevo curso había estudiantes reunidos en todos y cada uno de los espacios del jardín central, rodeado de enormes palmeras que daban al campus un aire de grandeza tropical mucho más imponente de lo que merecía. Cuando lo vi, supe que no estaba en la universidad

porque fuera su deber, sino porque, al igual que yo, creía que era el lugar que le correspondía, entre los miembros de la brillante generación futura. Al igual que yo, había dicho a quienes conocía y con los que se encontraba que era estudiante, y a la sazón los dos estábamos convencidos de que algún día lo seríamos.

Sobre la base de ese acuerdo —que ambos éramos embusteros y farsantes, escasamente preparados para desempeñar los papeles que habíamos escogido— me abordó Isaac. Nos encontrábamos entre un grupo reunido en torno a una mesa en el centro del jardín donde uno de los chicos con el peinado afro esculpido con esmero leía una lista de peticiones. De no haber estado Isaac y yo allí al mismo tiempo, es posible que nos hubiera conmovido la demanda del joven de mejores profesores, matrículas más asequibles y más libertad para los alumnos, pero habíamos reparado el uno en el otro de inmediato, así que no llegamos a formar parte de ese grupo. Lo único que alcanzamos a ver desde el momento en que cruzamos la mirada fue la cara vagamente familiar y tal vez hostil de quien nos la devolvía. Quizá solo dos hombres que se encontrasen de manera inesperada en mitad de un desierto tras haber viajado tanto que empezaban a creer que el mundo estaba deshabitado sabrían cómo nos sentíamos. En la provincia de las chabolas no significábamos apenas nada el uno para el otro. Aquí lo éramos todo.

Isaac aguardó a que terminara el discurso. A las últimas palabras, «Esta es nuestra universidad», les siguieron unos breves aplausos. Por aquel entonces se suponía que todo era nuestro. La ciudad, este país, África, estaban al alcance de la mano, y, al menos en ese sentido, nuestra idea del futuro no se diferenciaba de la de los ingleses que nos precedían. Muchos jóvenes que entonces

eran alumnos de la universidad lo demostrarían más adelante al llenarse los bolsillos con la riqueza de su país.

Cuando el grupo se redujo, Isaac pasó a la acción. Avanzó a largas zancadas. Sus hombros oscilaban arriba y abajo a cada paso, con un movimiento casi brusco. Me sentí acechado. Pensé: «Viene a por mí», y aunque sabía que no había posibilidad de sufrir daño físico, tenía razón al suponer que corría algún riesgo. Permaneció a mi lado unos segundos y dijo: «Mejor vayamos a algún sitio a hablar».

Esa clase de lenguaje conspirativo era innato en él. En el transcurso de los meses siguientes, le oiría decir cosas como: «Mejor hablemos en privado» o «Hablemos en otro sitio». Isaac tenía un don para hacer que te sintieras especial.

Asentí con la cabeza. Fui víctima de sus maniobras desde el principio, me vi engullido al instante en su realidad, que, por primera vez desde mi llegada a la capital, me hizo sentir que había al menos un lugar al que pertenecía.

Caminamos hasta un sitio lejos del campus, una parte de la ciudad en la que no había estado nunca. Isaac no dejó de hablar en ningún momento. Tenía su propia versión de la historia —mitad real, mitad mito—, que yo estaba impaciente por compartir. Empezaba todos sus relatos con «¿Sabías...?», que era su equivalente de «Érase una vez».

«¿Sabías —dijo— que hasta hace una década no se permitía a ningún africano vivir en las inmediaciones de la universidad? Es aquí donde los británicos planeaban construir un nuevo palacio para el rey. Si hubieran perdido la Segunda Guerra Mundial, tenían pensado trasladar aquí a todos los británicos, y esta parte de la ciudad iba a ser solo para ellos. Iban a hacerla igual que Lon-

dres para no lamentar tanto haberla perdido. Iban a construir una muralla enorme alrededor y luego cambiar todos los mapas para que pareciese que Londres estaba en África, pero cada vez que empezaban a levantar la muralla, alguien la derribaba. Así empezó la guerra de independencia.»

Yo escuchaba, consciente de que la principal intención de Isaac era entretener. Que yo le creyera o no carecía de importancia, siempre que me sedujera. Nos detuvimos en un café en una calle bordeada de comercios de una sola planta con tejado de hojalata donde vendían vaqueros, camisetas y vestidos de colores llamativos hasta los tobillos. Había calles similares en toda la ciudad y por todo el continente. Lo que la convertía en única eran los edificios de hormigón de cuatro plantas que hacía poco habían brotado por pares cada cien pies. Los habían construido deprisa y mal, para albergar los negocios particulares que supuestamente se abrirían sin cesar en la capital. Que siguieran desocupados parecía más llamativo que las muchedumbres y las docenas de otros comercios plantados bajo su sombra, aunque era imposible saber si se debía a que los edificios vacíos remitían al futuro inmediato o a que este no se había hecho realidad.

Señalé un par de ventanas oscuras en la acera de enfrente.

—¿Y quién se supone que tendría que vivir ahí? —le pregunté.

Extendió los brazos.

—Eso no son edificios —dijo—. Fíjate qué feos son. Dentro de poco toda la capital será así. Ese es el plan secreto del gobierno. Los construimos para que a los británicos se les quiten las ganas de volver.

Se llevó un dedo a los labios.



—Esto que quede entre nosotros, claro.

—Claro —convine. Aún no sabía cuándo debía tomarlo en serio.

Nos sentamos a una mesa fuera. Isaac pidió té para los dos. Cuando lo trajeron, un poco menos caliente de lo que quería, lo devolvió y pidió otro. Quería impresionarme con su capacidad de ordenar, en este caso, una taza de agua caliente un poquito más caliente. Una vez resuelto el asunto del té, cruzó las piernas, se retrepó en la silla y dijo:

—Bueno, así que tú también vas a la universidad.

—Sí —respondí.

—¿Todos los días?

—Todos los días.

Hasta esa segunda conversación no tuvimos la seguridad de que hablábamos de lo mismo. Isaac relajó el semblante. Abandonó la constante media sonrisa forzada que había lucido desde el primer momento.

—Mi abuelo quería que estudiara medicina —continuó—. Pero tengo mis propios planes.

—Entonces, ¿qué vas a estudiar?

—Esto es África —repuso—. Solo se puede estudiar una cosa. Aguardó a que respondiera yo. Tras unos intensos segundos, suspiró y dijo:

—Política. Eso es lo único que tenemos aquí.

Yo no había aprendido a hablar con esa autoridad tan falsa como convincente. Cuando Isaac me preguntó qué pensaba estudiar, tuve que armarme de valor antes de contestarle.

—Literatura —respondí.

Dio una palmada en la mesa con la mano.

—Perfecto —dijo—. Tienes pinta de profesor. ¿Qué clase de literatura vas a estudiar?

—Toda —dije, y, por una vez, hablé con un poco de aplomo, porque creía en lo que decía. Muchos de los escritores asistentes al congreso ya habían empezado a esfumarse cuando Isaac y yo mantuvimos esa conversación; se decía que algunos se habían exiliado a América; se rumoreaba que otros estaban muertos o trabajando para un gobierno corrupto. Pero aun así yo seguía soñando con ser como ellos.